

TRANSFIGURACIONES. PRODIGIOS ENTRE LOS RELIGIOSOS NOVOHISPANOS

Edelmira Ramírez Leyva*

Uno de los prodigios que se dio en la Nueva España fue el fenómeno de la transfiguración que sufrieron algunos religiosos, que se caracterizaron por llevar vidas en extremo virtuosas, y justamente la intención de este trabajo es la de reconstruir el significado de la transfiguración presente en los discursos de algunos cronistas religiosos del siglo XVII, que es específicamente mencionado en los cierres de los relatos de algunas de las vidas que insertan varios cronistas en sus narraciones.

Los autores de los textos pertenecen a uno de los grupos sociales más importantes de la época, el que más control ideológico ejercía en la sociedad: la Iglesia, ésta “fue el principal organismo vinculado estrictamente al Estado español mediante el Regio Patronato.¹ Su poder sobre las conciencias fue absoluto, pues como la misma autora señala:

La iglesia en Nueva España gozó de una posición privilegiada; además de estar sustentada por el Estado, estaba inmersa en una sociedad en la que todas las actividades se regían o relacionaban con el espíritu religioso; en la que el individuo y la colectividad comulgaban en considerar la salvación eterna como razón de su existencia. Esto permitió a la

iglesia incidir notablemente en los ámbitos políticos, económicos, sociales y culturales.²

Dentro de este poder de la Iglesia se insertan las órdenes religiosas, que desde finales del siglo XVI se hallaban inmersas en una fuerte pugna entre criollos y peninsulares, por ello, “las disensiones internas del clero regular, entre criollos y peninsulares, no eran, por supuesto, nada nuevo a principios del siglo XVII, pues tales desavenencias ya para entonces tenían una historia de treinta o cuarenta años.”³

Según Israel, “la lucha entre los frailes fue intensa y muy encarnizada. La alimentaron la rivalidad y la hostilidad entre criollos y peninsulares, y las complicadas reglas medievales de las órdenes constituyeron la raíz que la hizo posible.”⁴

Los cronistas eran los voceros históricos de esas órdenes monásticas, su medio de transmisión fue la crónica, que fue un género en boga durante la época colonial. Según Cuevas, el siglo XVII fue el siglo de oro de las letras “como quiera que en él se produjeron (y casi todas de plumas mexicanas) nuestras muy verídicas y muy amables Crónicas; doce firmes columnas que sobre los cimientos echados también por frailes del siglo XVI levantaron los del siglo XVII para

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

1 Cristina Torales Pacheco, “1600-1700, La definición de una cultura” en *México y su historia*, UTHEA, México, 1984, t. 3, p. 333.

2 *Loc. cit.*

3 Jonathan I. Israel; *Razas, clases sociales y vida política en el México Colonial. 1610-1670*, FCE, 1980, México, pp. 108-109.

4 *Ibid.*, p. 109.

perpetuar los hechos históricos y la verdadera vida de su patria y nuestra patria.”⁵ En tales crónicas:

a la vez que se enuncian acontecimientos reales, materiales, como lo es la construcción de un convento, la llegada de un virrey, las epidemias ocasionadas por la falta de agua y bastimentos, se narran las vidas de varones y monjas que, se dice, vivieron en olor de santidad, se confirman las conversaciones de éstos con Cristo y María, y también se registran los múltiples milagros que a corte celestial obró en los naturales de la Nueva España.⁶

Las “vidas” son un género que puede considerarse como un antecedente nominal de la biografía. En el siglo XVII se puede encontrar este género inserto en las crónicas antes mencionadas, sin embargo posee toda una unidad en sí mismo, aunque esté alojado en un género múltiple mucho más complejo como es la crónica.

Los cronistas de las órdenes religiosas incluyen “las vidas” teniendo en mente objetivos bien definidos: mostrar a la comunidad y a la sociedad, en general, cómo su Orden generaba religiosos de vidas ejemplares, apegados al modelo divino por excelencia: Jesucristo, su vida y, muy en especial, su Pasión; es decir, las “vidas” tenían una función didáctica, estaban estrechamente vinculadas al intento de enseñar, difundir o mantener las ideas que daban sustento a la religión católica en lo concerniente a la captación o mantenimiento de fieles.

De esta forma, en sus relatos, los cronistas enfatizan en especial el ascetismo, las virtudes y los milagros de los religiosos biografiados; pero lo relevante para analizar los fenómenos de transfiguración de tales trayectorias vitales, es el momento en que el narrador menciona el cierre biológico de tales vidas, que por cierto, no siempre coincide con el cierre de discurso.

¿Por qué es de interés el momento de la muerte de esos religiosos?, porque justamente en ese tránsito es en el que se da la posibilidad de que se produzca la

transfiguración corporal, otorgándole al cuerpo un valor distinto al que tradicionalmente se le da en la teología cristiana, permanentemente negado y castigado durante la vida religiosa de los frailes, en función de la dicotomía entre el alma y el cuerpo, clásica en el cristianismo, en donde el cuerpo es visto como un elemento negativo, que ata el alma a la carne y que por ello es necesario disciplinar, atormentar, castigar, escarmentar de todas las formas posibles de acuerdo con la ascesis cristiana.

Por todo lo dicho es de llamar la atención la revalorización que se otorga al cuerpo de algunos religiosos en el momento de su muerte, a través de la mención que hacen los cronistas de la transfiguración de dichos cuerpos.

En este sentido cabe mencionar que el concepto de transfiguración en la religión cristiana es siempre mencionado por antonomasia con relación al pasaje de la vida de Cristo en la que se alude a su transfiguración, la cual por cierto no se da en el momento de su muerte como sucede con los religiosos novohispanos, sino según San Mateo y otros evangelistas cuando “tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un monte alto. Y se transfiguró ante ellos, brilló su rostro como el sol, sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con Él.”⁷ Esto sucedió antes de la Pasión de Cristo.

Sin embargo, como se verá a continuación, la citada transfiguración de Jesús no coincide ni en situación ni en forma con lo que les ocurría a los virtuosos frailes, aunque en ambos casos hay una transformación corporal. La correspondencia radica en que a través de los religiosos transfigurados se cumple el significado de la transfiguración que Jesús sufriera en el monte, en donde dejó

transparentar a través de su humanidad la gloria de su divinidad, fue como un presagio de resurrección y de la definitiva transformación que en Él había de producir [... por eso contemplamos] como en un espejo la gloria del Señor y somos transfigurados según su propia imagen, de gloria en gloria,

5 Mariano Cuevas, *Historia de la Iglesia en México, t. III. 1600-1699. Frutos de la Iglesia en el siglo XVI*, Editorial Porrúa, México, 1992, p. 449.

6 Cristina Torales, *op. cit.*, p. 396.

7 Mt. 17, 1-3.

a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor o en la de San Juan "Sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es."⁸

Para comprender la transfiguración de los religiosos novohispanos hay que destacar su extrema vida ascética, llena de abnegación, renuncia, aceptación al sufrimiento y una vida llena de virtudes, de tal manera que la transformación que sufren al final de su vida es sólo una consecuencia de esa vida santificada, la cual se constituía como un requisito esencial para que se produjera el prodigio, pues como dice el cronista Grijalva: "aunque muchos de los que conocimos y ya murieron los respetamos como a santos, porque guardaron con suma puntualidad la vida común de la religión y los santos estatutos de la provincia; y esta vida era tal, que ella sola bastaba ha hacer singularísimos santos."⁹

La transfiguración de los religiosos novohispanos se da especialmente en lo tocante al cuerpo, pero tales descripciones están acordes con los ideales corporales de la época, como puede notarse en el relato del cronista Francisco de Burgoa sobre la transfiguración de Fray Lope de Cuéllar cuando le llegó su última hora:

luego al punto, se reformó el rostro antes comido, llagado, y perdidas las facciones, parecían de nuevo retocadas con tanto agrado y suavidad como si reposara, el cuerpo baldado y miembros contrahechos, se desentumieron y dilataron como si no hubieran pasado impedimento, los brazos, la sangre de las venas tan corriente y tratable que viéndola se añadió por singular demostración del cielo el olor suavísimo, como de allá, que exhalaba todo el cuerpo, en especial sobre la frente en la mollera era tanta la fragancia que respiraba que suspendía a los que llegaban por devoción a besarle.¹⁰

8 L. Bouyer, *Diccionario de teología*, Barcelona, Editorial Herder, 1990, p. 630.

9 Juan de Grijalva, *Crónica de la orden de N.P.S. Agustín en las provincias de la Nueva España. En cuatro edades desde el año 1533 hasta el de 1592*, México, Editorial Porrúa, 1985 (c1624), p. 336.

10 Francisco de Burgoa, *Palestra historial [...]*, México, Editorial Porrúa, 1989, p. 396.

La transformación es notable sobre todo si se toma en cuenta que en el relato de la vida de este fraile se enfatiza una vida para el sufrimiento del cuerpo.

Con relación a los hechos que ofrece Burgoa se puede percibir que la transformación corporal de Fray Lope de Cuéllar fue realmente extrema, no sólo fue un hecho maravilloso que desde luego acorde con su posición ideológica lo adjudicó a "Nuestro Señor," sino que a la vez es un acto que ayuda a demostrar las maravillas de que pueden ser objeto los creyentes que militan dentro de la religión católica a condición que lleven una vida virtuosa.

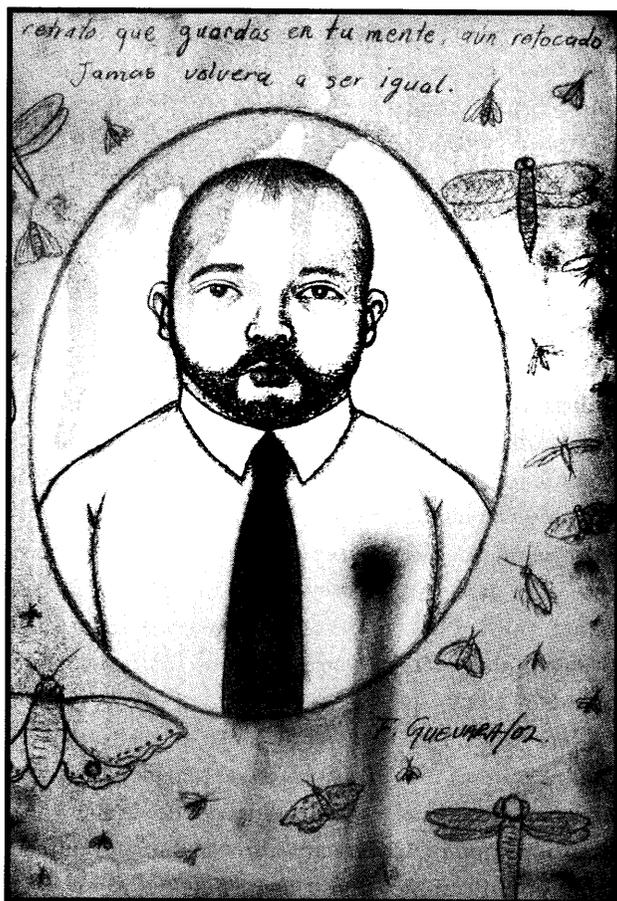
En la transfiguración de Lope de Cuéllar es también interesante observar cómo el milagro de la transfiguración va aparejado con otro elemento que en este caso atañe ya no a la vista sino al sentido del olfato, pues el cuerpo se reconstituye y se enfatiza el milagro maravilloso por el "olor suavísimo que exhalaba su cuerpo."

Pero el milagro y la maravilla se intensifican aún más porque va más allá del cuerpo al hacer partícipe de tal maravilla al escaso vestuario del fraile y los utensilios que ocupaba para alimentarse, que sufren también un cambio, una transformación:

comunicando a los paños, y lencezuelos, que le tocaban aquella milagrosa suavidad, que asimismo participó a todos los trapos, y trastes con que le daban de comer, yo le servía actualmente por mi dicha, y vide estas, y otras maravillas, que Nuestro Señor obró aquel día, y el siguiente en que el Señor Obispo se consagró embarazándolo los tristes lamentos de campanas con solemnes repiques y festivos júbilos de músicos instrumentos.¹¹

Parecería que dichos objetos formaran parte de esta corporalidad, pues aunque el alma ya no está unida al cuerpo después de la muerte, sí en cambio les trasmite los merecimientos alcanzados en vida, dejando así, a través de la transfiguración un testimonio de su nuevo estado beatífico, como un mensaje que deja impresa una prueba de la huella divina en ese cuerpo, ya sin vida, sin aliento, pero al mismo

11 *Loc. cit.*



Fernando Guevara, de la serie *Mal de amores*, 2002.

tiempo animado por una vida superior y, que bien sabían descifrar los testigos o los lectores del pasado. Por otra parte, cabe apuntar, que éste es un aspecto de coincidencia con la transfiguración de Jesús, pues sus vestidos se transformaron al tiempo que se dio el fenómeno, como se citó anteriormente.

Doblemente es importante el relato en este caso, pues el propio Burgoa declara que fue testigo presencial de los hechos, en este sentido, no se trata de un cronista que reúne una serie de documentos y testimonios de diversos personajes y da su versión de cada vida, aquí el cronista relata algo que pudo constatar desde su óptica.

Por otra parte, la incorruptibilidad de la carne es otro de los elementos que está en el fondo de esta idea de la transfiguración, como puede desprenderse de la siguiente cita sobre el padre Fray Juan Martínez, quien muere ayudado por indígenas. En sus exequias los fieles le piden al Prior:

les dejasen el cuerpo en la iglesia y cantada una Vigilia muy solemne llevaron a ver el rostro del difunto que parecía transformado en ángel, las manos tan blandas y tratables como si fueran de seda, el cuerpo tan flexible como si fuera de goznes, y con haber venido al sol por el campo, y con tanto movimiento, y detenido más de veinte y cuatro horas, sin sepultarle; no sólo no dio señales de corrupción, pero muchos de los que aquella noche (que estuvieron las puerta de la iglesia abiertas) y venían ya de lejos a ver el cuerpo de este apostólico varón, y pedirle favor con Dios, certificaron que sintieron llegándose a las andas una celestial fragancia, que se debe atribuir a la fe de cada uno.¹²

Vuelven a estar presentes los elementos de transformación además de la fragancia, y se agrega el de la incorruptibilidad; y con esto Burgoa, quizá sin darse cuenta y sin el propósito de incluirse en la polémica de siglos atrás entre la secta de los “corruptícolos” y el de los “incorruptícolos,” la trae a colación; tópico, por cierto, estrechamente relacionado con el fenómeno de la transfiguración.

Los corruptícolos eran unos herejes que aparecieron en Egipto hacia el año de 532, y “sostenían que el cuerpo de Cristo era corruptible,”¹³ como le sucede a todos los hombres, en contraposición a los “incorruptícolos, quienes creían que “había sido siempre *incorruptible e impasible*,”¹⁴ pues consideraban que “en el acto de formarse de las entrañas de la Virgen, había adquirido la propiedad de ser incorruptible, o sea, que desde aquel instante ya no fue capaz de alteración ninguna, aun en las modalidades más naturales como el hambre y la sed.”¹⁵ Esta posición no fue aceptada por la Iglesia, ya que afectaba al dogma de la Encarnación y además minaba gravemente “el fundamento de la obra de la Redención, ya que de ella se seguía que el cuerpo del Redentor era incapaz de sentir el dolor y, por ende su pasión no era tal, ni Jesucristo hubiera expiado en su persona los pecados de los hombres.”¹⁶

12 *Ibid.*, p. 450.

13 *Enciclopedia de la religión católica*, t. II, Barcelona, Dalmau y Jover, 1951, p. 1161.

14 *Ibid.*, p. 1203.

15 *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, Madrid, Espasa Calpe, 1975, t. XXXVIII (primera parte), p. 1203.

16 *Loc. cit.*

Lo que parece suceder en los humanos cuando se produce la transfiguración es que el alma divinizada provoca la transformación de la materia, pues como explica Aristóteles: "Es probable que todas las afectaciones del alma estén ligadas al cuerpo"¹⁷ y su expresión o formación es material.¹⁸

Y aunque en el caso de las transfiguraciones de los religiosos no se trate de pasiones terrenales, parecería que en el nuevo estado y espacio en que se encuentra el alma o bien en el periodo de transición continua unida al cuerpo de alguna manera; sin embargo, se puede explicar el fenómeno de la transfiguración a partir de algunas ideas de los tomistas, quienes afirman:

que en el momento de la muerte, unos principios parciales de vida inferior transitorios, y destinados a desaparecer totalmente sucedan al alma, principio de la vida simple y completa más virtualmente compleja, que es a la vez principio de vida intelectual, animal complejo y vegetativa, funciones que suponen en el alma una distinción virtual de sus principios primeros, pero no una distinción real.¹⁹

Sin embargo, la "filosofía católica acepta con dificultad que el alma pueda ser causa de esta vida latente parcial que se prolonga, después de la muerte relativa en ciertas partes unidas y aun desunidas o separadas del cuerpo sin vida general."²⁰ Mas, tal como los cronistas describen la transfiguración, no parece tener nada que ver con la muerte relativa, pues en realidad se trata de un fenómeno sobrenatural.

Como se desprende de los relatos de Burgoa, en la época colonial había una fascinación por el prodigio de la incorruptibilidad tanto por parte del cronista como de la comunidad de frailes, y desde luego, del pueblo que se acercaba al cadáver del santo religioso con asombro, devoción y esperanza y con una notable involucración emocional que llevaba a los devotos, en muchos casos, a efectuar actos extremos con los restos de ese cuerpo divinizado, como eran la

obtención de partes del cuerpo que usaban como reliquias para diferentes fines. Todo esto, en realidad era una violación de lo señalado por la Iglesia, ya que "la actitud del cristiano ante estos fenómenos tiene que ser indiferencia y desapego afectivo,"²¹ porque lo sobrenatural que perciben con tanta atracción, no se limita al orden terrenal, sino que "penetra en él natural para situarlo en un nivel superior y, por tanto, darle una perfección eminente²² y no "existe antagonismo alguno entre natural y sobrenatural, sino una continua y fructuosa simbiosis."²³

O sea que aquí no se debate la incorruptibilidad de Cristo, sino que se traslada el tema de la transfiguración a los virtuosos religiosos, porque no hay que olvidar que el gran modelo de todos estos frailes fue justamente Jesucristo, un arquetipo divinizado, que era el ideal de muchos religiosos, que como modelo ideal aspiraban a seguir su vida, pasión y muerte, esto es, estaban dispuestos a vivir en carne propia lo que el Divino Maestro padeció por los hombres, llegando, algunos, a extremos increíbles.

Aquí la incorruptibilidad del cuerpo se da el momento específico de la muerte y no como en el caso de Jesucristo, que según los corruptícolos era incorruptible desde antes de su nacimiento, haciéndolo así sobrehumano, con las consecuencias que esta idea desencadenaba para las creencias que la religión católica tenía como dogmas. Sin embargo, la transfiguración de los religiosos, trastoca el efecto que la muerte tiene sobre el cuerpo, pues afecta al proceso normal de descomposición, que es, al final de cuentas "el único signo por el que podemos reconocer este término o muerte efectiva, es la putrefacción, evidencia definitiva de la destrucción total del organismo humano."²⁴

Aunque para Aristóteles el mismo crecimiento vital es ya parte del proceso de corrupción: "la palabra vivir tiene muchos sentidos, y decimos que una cosa

17 Aristóteles, "Del Alma" en Obras, Madrid, Aguilar, 1977, I, 1, p. 828.

18 Cfr., *loc. cit.*

19 *Enciclopedia de la religión católica, op. cit.*, t. I, p. 640.

20 *Loc. cit.*

21 I. Rodríguez, "Místicos (fenómenos) en Ancilli, *Diccionario de la espiritualidad*, t.II. Barcelona, Editorial Herder, 1987, p. 630.

22 Sutter, A. de "Sobrenatural", en *Ibid.*, t. III, p. 410.

23 *Ibid.*, p.413.

24 *Enciclopedia de la religión católica, op. cit.*, t.V, p. 639.

vive si está presente en ella cada una de las cosas siguientes: mente o pensamiento, sensación, movimiento o reposo en el espacio, además del movimiento que implica la nutrición y el crecimiento o corrupción.”²⁵

Por otra parte, la razón de esa descomposición se explica en el Antiguo Testamento, en donde se puede leer que “Dios creó al hombre incorruptible/ y lo hizo a imagen de su propia naturaleza. Mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo,/ y la experimentan los que le pertenecen”.²⁶

En el fondo de esta propuesta se puede percibir una gran contradicción, porque ya sin vida el cuerpo obtiene la incorruptibilidad, aunque desde luego el religioso en realidad está muerto, pues su alma se ha desprendido ya, y aunque el cuerpo se transfigura y se torna incorruptible, en realidad ya no hay vida en él y, estará transfigurado y será incorruptible pero en la tumba; en realidad esos dos prodigios serán observables solo durante el lapso entre la muerte y el entierro.

Medina explica en uno de sus relatos que un religioso recibió el premio de la transfiguración por haber honrado a la Virgen María, eso le permitía gozar de la vida eterna y conjeturaba que Fray Pedro de San Diego fue un siervo

fiel de la Reyna de los Angeles, alcanzó la gloria, por los merecimientos de tã Soberana Majestad. De que no son pequeños indicios aver quedado su cuerpo difunto sin los horrores del cadáver, hermoso, de apacible semblante, y aspecto, causando alegría á los ojos de todos, viéndole tratable, y blando, aun despues de muchas horas de su transito. Muchos Religiosos llegaron con veneración á rogarle, y movi?dole, estaba facil, y obedi?te á qualquier impulso, de dõde, creciendo la admiracion, y respeto, le cortaron algunas reliquias.²⁷

Pero el prodigio de la transfiguración y por ende de la incorruptibilidad corporal incluyen la detención

del proceso natural de la disolución de la substancia material, ya que lo normal es que “todo cambio substancial entraña la disolución de la forma y la materia, elementos constitutivos del ser material; y la materia pierde en el cambio la forma substancial anterior y recibe otra nueva, hay pues, en todo cambio, disolución de una substancia y generación de otra nueva.”²⁸

Sin embargo, para poder comprender el fenómeno de la transfiguración no hay que perder de vista que se trata de un prodigio, de algo sobrenatural, sólo así se pueden explicar los relatos de los cronistas del siglo XVII, es decir, desde el enfoque que ellos le daban en su momento, aunque en épocas posteriores se pueda interpretar desde otros parámetros. Así pues, desde esta perspectiva, es posible afirmar que el prodigio detiene la descomposición, la corrupción del cuerpo.

Pero tal prodigio sólo se producía como el resultado de una vida santa y virtuosa, la transfiguración al final de cuentas era sólo una constancia de ello, como lo afirma Tello en la transformación final que sufrió Diego Luciano, quien murió en 1617 a los 70 años de edad, quedando “su cuerpo tan hermoso y tratable, que más parecía estar vivo que muerto; y la celda con una fragancia y olor tan admirable, que era indicio de su santidad y de la gloria que goza en el cielo.”²⁹

La incorruptibilidad, podía durar indefinidamente, pues en varios santos varones, la transfiguración continuaba como fijada en el cadáver muchos años después de haber fallecido, como le sucedió a Fray Pedro de Agurto, a quien

todos le amaban como a Padre; y los fieles le veneraban como a santo. Seis meses después que fue el año de 1609 a 24 de abril, por condescender con el deseo de muchos devotos suyos, se abrió el sepulcro y, abriendo el ataúd, le hallaron el cuerpo entero, santo y tratable y el rostro con barba, cabello y dientes y con tan gran olor, que le juzgaban todos por celestial, de que dio fe el escribano de cabildo.³⁰

25 Aristóteles, *op. cit.* II, 2, p. 842.

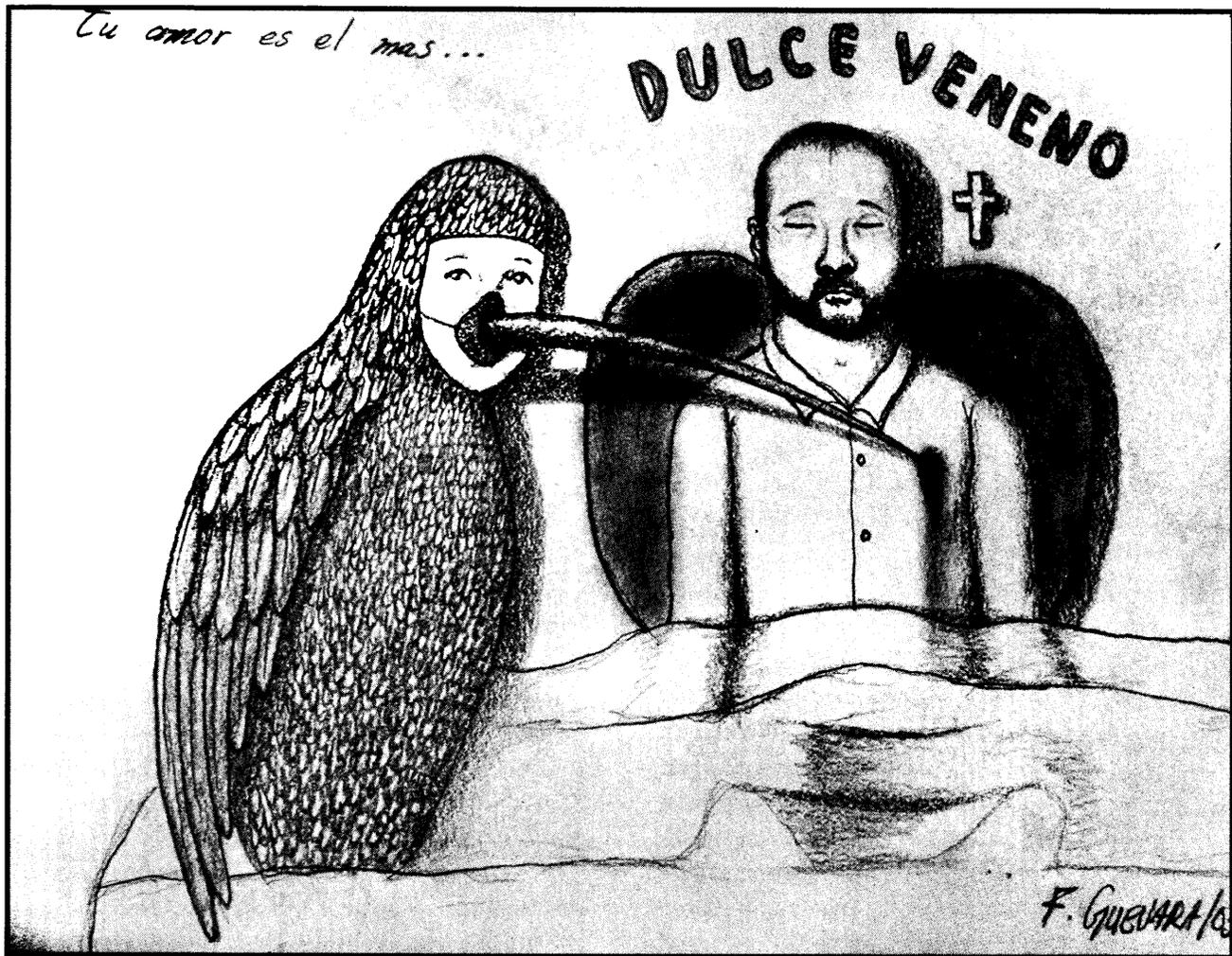
26 *Sab.* 2, 23-24.

27 Baltasar de Medina, *Crónica de la santa provincia de San Diego de México*, México, Editorial Academia Literaria, 1977 (1682), p. 158.

28 *Enciclopedia de la religión católica*, *op. cit.*, t. II, p. 1161.

29 Antonio Tello, *Libro segundo de la Crónica miscelánea* [...] Guadalajara, Imprenta de “La República Literaria” de Ciro I. de Guevara, 1891, p. 802.

30 Grijalva, *op. cit.*, p. 460.



Fernando Guevara, "Dulce veneno", de la serie *Mal de amores*, 2003.

Como se deduce de la cita anterior, un elemento que solía acompañar las transfiguraciones era el fenómeno de la osmogénesis, es decir, las fragancias que emanaban del cadáver ya transfigurado. Al referirse a este fenómeno los estudiosos se refieren a "un olor de suavidad y fragancia que a veces exhala del cuerpo mortal de los santos o del sepulcro donde reposan sus restos"³¹ y el cual no tenía nada que ver con los olores naturales.³²

Por las circunstancias en que se refiere la emanación de la fragancia proveniente del cadáver de Fray Pedro Agurto, citado anteriormente, parece tener un

31 Rodríguez, "Osmogénesis" en Ancilli, *op. cit.*, t. III, p. 7.

32 *Cfr.*, *loc. cit.*

origen sobrenatural, lo cual se repite en forma similar en otros religiosos, como sucedió con Fray Juan Bautista, al que

Cinco años después de su glorioso tránsito, quiso aquel convento trasladar sus huesos de la primera sepultura a otra, que hicieron en la misma pared de la iglesia, y hallaron el cuerpo entero, y el hábito, y un diurno que acaso se había olvidado en la manga, sin que faltase cosa; ni después se deshiciese con el movimiento que allí fue inexcusable, aunque se hizo con aquel respeto y recato que la cosa pedía. Salió grandísima fragancia de olor; causó en todos grandísima devoción, y dulces lágrimas.³³

33 Grijalva, *op. cit.*, p. 285.

Y ciertamente la fragancia parece ser otro indicio sobrenatural, aunque como advierte Rodríguez, no es “fácil determinar si se trata de un mecanismo o de un proceso preternatural, que de algún modo derogue las leyes del organismo humano bajo este aspecto,”³⁴ pero en varios relatos, se menciona que aparece junto al fenómeno de la transfiguración, el cual sí altera notablemente las mencionadas leyes.

Respecto a estos olores emanados de los cuerpos de los religiosos, el mencionado autor intenta dar una explicación, advirtiendo que su presencia se puede explicar “como una consecuencia de la acción sobrenatural del alma divinizada en el cuerpo que, de este modo, participa en parte, de aquella propiedad que la gozará plenamente cuando sea glorificada,”³⁵ lo cual parece ser el caso de los relatos citados en donde se desprende que dichas almas ya están glorificadas. Rodríguez también refiere que “puede ser un valor simbólico de las almas santas,”³⁶ aunque aquí en realidad aun no se trate de religiosos canonizados.

Por otra parte, la transfiguración y la incorruptibilidad que conlleva se plantea una contradicción con la idea dualista mente-cuerpo de la teología católica, que algunos autores, como Lincol, consideran que es uno de los patrones generales para enfrentar el problema de la materia orgánica.³⁷ Dicho autor afirma que hay una distinción radical entre la base material y el principio de vida no material, la cual se relaciona con ciertos materiales agregados para un periodo de duración finito. La entrada de este principio de vida, que puede ser definido como alma, espíritu, respiración, calor, que vivifica y energiza la materia en la cual reside y cuando la abandona, el resultado es la muerte.³⁸ Según dicho autor, tal dualismo está implícito en el relato de la creación del primer ser humano en el Génesis, donde el cuerpo es cuidadosamente diferenciado de la vida esencial, derivada ésta directamente de Yavé Dios, quien modeló “al hombre

de la arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado”.³⁹

Tal dualismo inevitablemente connota una devaluación del cuerpo con relación a la vida superior. Contrasta a uno con el otro, de tal manera que el alma es para el cuerpo tanto sagrado como profano. La lógica de esta analogía, sin embargo demanda una mitología, una cosmología y una metafísica que intenten resolver las cuestiones de cómo y por qué la vida superior, divina, inmaterial puede residir junto a un cuerpo profano, material.⁴⁰

El Génesis plantea un origen terrestre para el cuerpo, para el cual el nombre de Adam, “arcilla”, subraya este hecho y un origen divino para su vida esencial, realizada por un creador benevolente que le insufla el preciado hálito vital.⁴¹

El análisis de la muerte en la Escritura hebrea explica el siguiente corolario: el cuerpo es devuelto al polvo del cual vino, mientras que la vida es vuelta a retroceder a Dios con la expiración final, los dos son parte: “y se torne el polvo a la tierra que antes era, y retorne a Dios el espíritu que Él le dio. Si tú ([Yavé] escondes tu rostro, se conturban;/ si les quitas el espíritu expiran/ y vuelven al polvo.”⁴²

Y desde luego el mencionado dualismo es asimilado totalmente por los religiosos novohispanos, para ello utilizan una adjetivación despreciativa de ese elemento carnal del ser humano: su cuerpo. Así, por ejemplo cuando el doctor Francisco de Arguijo

“le entregó el alma [al Santo Cristo] como a Padre amoroso, que la sacó de las inmundicias de la carne, y de la región distante, y apartada de Dios de los vicios, el rostro se le puso de ángel con tanto agrado que parecía sobrescribía el gozo, y alegría del alma, el cuerpo, y manos tan tratables como de quien dormía en el Señor.”⁴³

Como puede verse, la transfiguración transforma drásticamente los remanentes inertes del cuerpo, bajo el influjo de la voluntad divina.

34 Rodríguez, “Osmogénesis”, *loc. cit.*

35 *Loc. cit.*

36 *Loc. cit.*

37 Cfr. Bruce Lincoln, “Human Body: Myths and Symbolism” in Mircea Eliade, *The Encyclopedia of Religion*, MacMillan Library Reference, New York, 1995, vol 5, p. 499.

38 *Loc. cit.*

39 *Gén. 2,7* citado en *Loc. cit.*

40 Cfr. *Ibid.*, pp. 499-500.

41 Cfr. *Ibid.*, p. 500.

42 Cfr. *Ibid.*, p. 786.

43 Burgoa, *op. cit.*, p. 568.

Otro aspecto relacionado con la transfiguración es el resultado estético que provoca, como sucedió al Padre Fray Miguel de la Concepción, quien al término de su vida:

quedò después de muerto, hermoso como vn Angel. el que parece no avia vivido como hombre; con admiración de los Religiosos presentes, y de grande concurso de la Ciudad, que asistió á su Tumulo, aaclamãdole con piadosas voces, por Santo cortãndole con devoción el habito, los cabellos, y dedos [...] vn hombre, que aun en los apellidos sobreescrivió las puezas de Angel, y las imitaciones de la Reyna Soberana de los Espiritus Celestiales.⁴⁴

Se habla de una belleza especial, de una hermosura angelical, para indicar que esa alma ya está participando del paraíso; como diría Santo Tomás de Aquino este fenómeno indica que lo “perfecto se manifiesta o se ofrece a nuestra contemplación,⁴⁵ en suma, se puede decir que “la mentalidad estética se encuentra bajo el signo de lo alegórico, que, al mismo tiempo, la connota y la funde con el símbolo inmediato de la belleza perfecta”.⁴⁶

Tal manifestación de belleza, en ocasiones solía superar el estado del cuerpo vivo antes de la muerte, cuando aún persistía la dualidad, como le sucedió a Alonso de Escalona cuando “dio su alma a nuestro Señor a diez de marzo de mil quinientos y ochenta y cuatro años en el Convento de México. Quedó el cuerpo hermosísimo, más que cuando vivía.”⁴⁷

Parece ser que “siendo de la belleza el resplandor de la perfección de las cosas, y estando todas dotadas de perfección esencial, algunos tratadistas afirman que la belleza es una propiedad esencial del ente”.⁴⁸ Por ejemplo, el cronista Francisco de Burgoa menciona que al morir Fray Martín de Aliende

refieren los religiosos que se hallaron presentes que se le puso el rostro tan apacible como si se estuviese riendo, y las manos tan flexibles y tratables como si fuera sueño su muerte, y así llamó Cristo a la de Lázaro, y a la de la hija del Centurión porque en Sí les guardaba la vida, y la de este siervo de Dios mostraba realizada con ventajas en la gloria.⁴⁹

La transfiguración, en suma, les trae aparejada una belleza especial, como le sucedió a Fray Manuel de Escobar, quien a su muerte concurrió toda la ciudad al Convento, como si el santo fuera padre de cada casa. Quedó su rostro con extraña hermosura y majestad.”⁵⁰

La transformación del rostro y de las manos fueron puntos que enfatizaron los cronistas en sus “vidas,” tal vez porque llaman de inmediato la atención, al ser las partes del cuerpo que están más a la vista y, en especial, el rostro es siempre un tema relevante. Quizá también tenga relación con la transfiguración sufrida por Jesús, en donde la transformación de su rostro fue algo sobresaliente. Tal vez por ello en la mayoría de los relatos sobre los religiosos transfigurados se alude al rostro, como sucede con el de Fray Alonso de Borja, de quien se afirma que a la hora de la muerte le “quedó su rostro hermoso y resplandeciente: quitáronle el hábito de su peregrinación y pusieronle otra para que quedasen entre nosotros aquellas ricas exubias. [...] vivió y murió con general opinión de santo.”⁵¹

La atención especial que le daban al rostro, la explica Magli advirtiéndolo que: “Ver un rostro significa producir inmediatamente un esquema simbólico que nos sitúa frente a una experiencia cultural compleja y antigua;”⁵² y como en las crónicas se puede constatar, es a través del rostro transfigurado como se puede captar el “proceso de simbolización que nos introduce en un tiempo diferente: no ya en el tiempo del rostro real perdido”⁵³ en la transfiguración, sino

44 Medina, *op. cit.*, p. 49.

45 *Enciclopedia de la religión católica, op. cit.*, t. I, p. 1397.

46 Cvitanovic, Dinko. “De la “Disputa” medieval al “Pleito” calderoniano” en Cvitanovic, *La ideal del cuerpo en las letras españolas (siglos XIII a XVII)*, Universidad del Sur, Instituto de Humanidades, Bahía Blanca, Argentina, 1973, p. 16.

47 Alonso Fernández, *Historia eclesiástica*, Bibliófilos Mexicanos, México, 1964, p. 69.

48 *Enciclopedia de la religión católica, op. cit.*, t. I, p. 1398.

49 Burgoa, *op. cit.*, pp. 546-547.

50 Alonso Fernández, *op. cit.*, p. 149.

51 Grijalva, *op. cit.*, p. 68.

52 Patricia Magli, “El rostro y el alma” en *Fragmentos para una historia el cuerpo humano*, Altea, Taurus, Alfaguara, Madrid, 1991, p. 90.

53 *Loc. cit.*

en el tiempo del rostro transformado, testimonio material de la realización espiritual de esa alma, fijado en el tiempo eterno, que es la “medida” que fija las cosas, “desarrolla una imagen formal, la bloquea en una absoluta fijeza en el interior de la cual interpreta proporciones, delimita contornos y trata de establecer cuáles son los rasgos esenciales”,⁵⁴ ya que:

todo impulso vital, toda gracia que recibimos de Cristo es, en efecto, una comunión de su vida gloriosa, que prepara, refuerza y confirma la glorificación definitiva de su Iglesia y de aquellos que están unidos a ella: el sacramento que nos inserta en el cuerpo místico de nuestra iniciación en el misterio pascual, en el cual morimos con Cristo para resucitar con él: en él, Cristo resucitado, nos hace participantes de su espíritu y nos comunica la “prenda de nuestra herencia”, es decir, de la herencia incorruptible sin mancha e inaccesible, que nos reserva en los cielos.⁵⁵

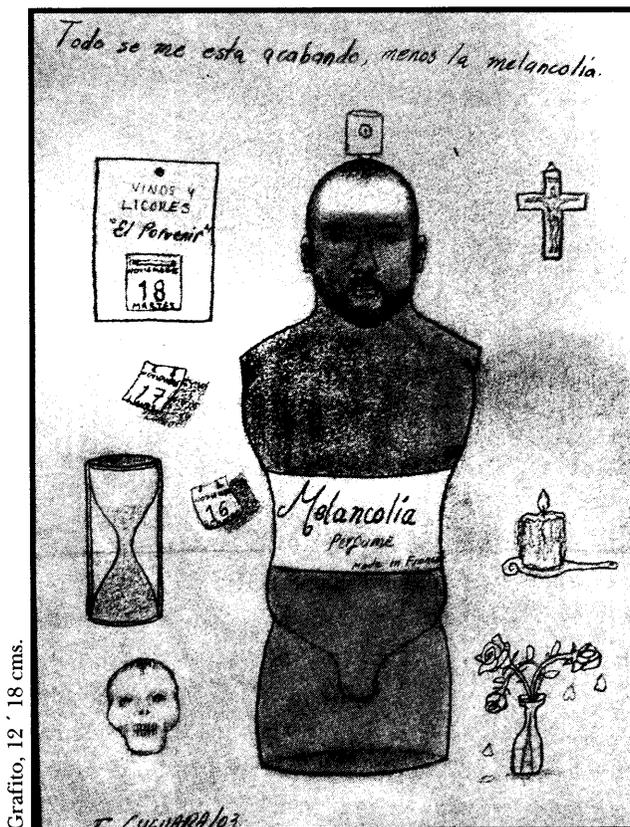
Y hay que recordar que en esa época la medida de la percepción era modelada por el pensamiento religioso que condicionaba no sólo los valores religiosos, sino también los sociales y los culturales, en suma, todos los procesos vitales de la sociedad novohispana.

Por otra parte, es notable observar cómo en los relatos de las transfiguraciones se reflejan los gustos de la época, de tal manera que las prodigiosas transformaciones corregían justamente aquellos elementos físicos de los religiosos que no estaban acordes con los ideales de belleza de la época, de tal suerte, que en la narración se describe la corrección que sufre el cadáver de aquellos aspectos que no eran gratos a los observantes, como lo detalla el cronista Francisco de Florencia al hablar de la muerte del Padre Juan Curiel, que luego que ocurrió:

sucedió vna cosa, que á todos puso en admiración; y fue, que siendo su rostro, como ya dixé, de color moreno, y sumamente desapacible á la vista, se mudò de repente, y llenò de hermosura, y de resplandor, q´ parecia echaba de si rayos de luz, como

54 *Loc. cit.*

55 P. Molinari, “Santo” en *Nuevo diccionario de espiritualidad*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1983, p. 1249.



Fernando Guevara, “Vanitas”, de la serie *Mal de amores*, 2003.

que el alma ya gloriosa (según piadosamente podemos discurrir) en pago de la buena, y santa amistad, con q´ él avia vivido, y grãgeado la gloria, q´ gozaba, empezaba à repartir con èl de la claridad y dotes lucidos, que de lleno le avia de participar en su reunion á el dia del juicio. Fue tan notable aquesta mudanza, que los de la Ciudad, Seglares, y Eclesiásticos, no hazian otra cosa, que ir à verlo, y tornar vna, y otra vez à mirarlo, admirados de tan extraordinaria belleza; besándole por devoción, y reverencia muchas vezes los pies, y las manos, si acertar á apartarse del, procurando por reliquia algun retazo de sus vestidos.⁵⁶

La transfiguración también subsanó el tono de la piel de Andrés de Olmos, pues como dice Alonso Fernández, cuando murió “quedó su cuerpo hermosísimo y muy blanco, siendo el bienaventurado santo

56 Francisco de Florencia, *Historia de la provincia de la Compañía de Jesus de Nueva España*, Editorial Academia Literaria, México, 1955, p. 295.

algo moreno, y con suavísimo olor, de que todos se recreaban y admiraban. Oyerónse en el aire voces de ángeles que cantaban y música de varios y dulces instrumentos.⁵⁷

Los relatos anteriores son reveladores de ese proceso simbólico ligado a los valores sociales de la época en donde ser moreno al parecer no era muy bien visto. Resulta sorprendente que en un proceso espiritual de tránsito por la muerte surjan *post mortem* tan claramente los valores de la época.

Por otra parte, el elemento prodigioso de estos relatos facilita los cambios que opera el relator en los cuerpos de los religiosos fallecidos, ya que los cronistas incluían en sus narraciones los elementos necesarios para satisfacer el gusto estético de sus lectores o de los devotos, y se situaban, así como voceros conocedores de los ideales de aquella sociedad, además con dicho conocimiento aseguraban su recepción y aceptación. Y a su vez, el lector actual puede reconstruir algunos de los ideales de belleza de esa época.

Otra función que ofrecían los relatos de los transfigurados era que daban constancia de los efectos divinos en los rostros marcados por la enfermedad, como fue el caso de Cristóbal de la Cruz:

recibió devotísimamente los santos sacramentos, y murió santamente, mostrando en lo exterior la gloria que esperaba gozar. Quedó el rostro atestigüado con grandísima claridad la gloria del alma. Fue cosa singular, apenas había expirado, cuando se le quitaron todas las llagas del rostro y cuerpo, quedando blanco y hermoso el que antes estaba todo manchado y leproso. El cuerpo que antes estaba asqueroso, quedó con un olor muy regalado.⁵⁸

Parecería que a través de las "vidas", los cronistas intentarían dejar constancia de que por medio de la transfiguración se podía borrar todo elemento de fealdad corporal, en este caso, generada por la enfermedad que había marcado el rostro del religioso, el cual tomaba formas que no eran agradables para los observantes y, dejando entrever a los devotos, la

promesa de la posibilidad de eliminar, mediante la transfiguración, ese pasado ominoso del cuerpo, que mostraba su debilidad y su fealdad, desde luego, siempre y cuando se siguieran las pautas establecidas para merecerlo.

Sin embargo, la enfermedad también se relaciona con la resurrección, ya que como advierte Goffi la enfermedad, como la salud, pertenece al mismo ritmo pascual (muerte para la vida) [...] así, para quien vive en Cristo, enfermedad y salud, muerte y vida adquieren un nuevo significado: como una espiral hacia la vida futura⁵⁹

Un ejemplo más puntual de esta función de la transfiguración se rescata en la muerte y entierro del padre Juan de Plaza, de quien en su entierro, y en su muerte,

se conoció su gran Santidad, como el olor del Bál-samo sobresale, quando se quiebra el vaso, en que esta, porque aunque avia diez años q' estaba por sus achaques retratado de pocas personas, mas espirituales, e hijos suyos[...] diez y seis horas después de muerto, tenía las manos mas flexibles, que quando estaba vivo: porq' quando vivia cô los continuos dolores de la gota, se le encogieron de suerte las cuerdas de los artejos, y se le pusieron tan disformes las manos, que no era posible descubrir-selas en el entierro, si así se quedaran: pero dispuso la providencia de Dios, que al tiempo del morir, no solo se hiziesen tratables, sino que se pusiesen blancas, y transparentes, que convidabâ à que las besasen, con gusto, y sin horror.⁶⁰

Como se puede observar, el fenómeno de la transfiguración podía ser susceptible de variaciones en los grados de transformación que generaba y, en este ejemplo, la revitalización provocada por la transfiguración es mucho más compleja que en las citas anteriores, pues se agrega incluso el aspecto de la sangre vivificada:

"Y sucedió con ellas vna cosa bien notable, y fue que teniendo vna vña muy crecida, quisieron cortarsela, y encarnando la tixerá en el dedo, le salió

57 Alonso Fernández, *op. cit.*, p. 86.

58 *Op. cit.*, p. 139.

59 T. Goffi, "Enfermedad" en Ancill, *op. cit.*, t. I, Barcelona, Editorial Herder, 1987, p. 685.

60 Florencia, *op. cit.*, pp. 409-410.

sangre líquida, y roja, como si estuviera vivo, que el pedazo de vna con la sangre roja, la guardó vno para reliquia.⁶¹

Una manifestación más extrema de la sangre vivificada sucedió con el cadáver de Fray Jerónimo de Abrego y Hortigosa a quien

vn Religioso tiernamente devoto de sus virtudes, le cortó el dedo pequeño del pie izquierdo de cuya herida después de ocho horas de muerto salió tanta sangre, como si estuviera vivo, perseverado en el cuerpo, a docilidad de su alma.⁶²

Y en este sentido hay que recordar, que en el Génesis, el mismo Dios identifica el alma y la vida con la sangre: “Solamente os abstendréis de comer carne con su alma, es decir, su sangre. Y ciertamente os demandaré vuestra sangre, que es vuestra vida.”⁶³ Tanto en el sentir de los antiguos como en la Biblia la sangre es sinónimo de vida. “La carne y la y sangre, en el lenguaje bíblico, vale lo mismo que la vida natural, en oposición a la vida que procede de Dios”.⁶⁴

La relación de la santidad con la belleza de la transformación es un tema recurrente, pero en ocasiones se daba en forma parcial, como por ejemplo, cuando murió Fray Alonso de Borja, comenta el cronista Juan de Grijalva que murió:

con tan grande serenidad y hermosura en el rostro, que con haber sido tan amable en la vida, después de muerto lo quedó tanto, que cuantos lo miraban le quedaban aficionados y devotos. Quitáronle el hábito para que nos quedasen aquellos santos despojos, y descubrieron un sayete de cerdas, que le cubría desde los hombros hasta la cinta, y un rallo con que se ceñía la cinta: todo lo cual le quitaron por despojos ricos. Quedando todos enternecidos y admirados de ver tan llagada y tan magullado el cuerpo y tan el hermoso el rostro.⁶⁵

Hay que notar que tanto la belleza como la huella de la disciplina eran dos elementos didácticos impor-

tantes que había que mostrar y difundir entre la población. Sirva el ejemplo de Fray Alonso de Borja para comprender el trato que le daban a su cuerpo los virtuosos religiosos novohispanos. Por eso son notables las transformaciones provocadas por la transfiguración, pues era una constante que estos santos varones castigaran y atormentaran su cuerpo en muy diversas formas, llegando, en ocasiones, a inflingirse disciplinas tan extremas, que parecería increíble que un cuerpo humano las pudiese soportar; pero teniendo en mente la pasión de Cristo y el desprecio al cuerpo que los ataba al mundo carnal, las aplicaban cotidianamente y muchos lo hacían en forma permanente, imponiéndose diferentes tipos de disciplinas, como lo describe Juan de Grijalva en la cita anterior.

Los padres que morían en el martirio también eran susceptibles de ser transfigurados, lo cual no es de extrañar pues “el martirio se ha considerado siempre como el exponente más eminente y auténtico del cristianismo”.⁶⁶ “El martirio era considerado el lado más perfecto de la caridad”,⁶⁷ borraba las culpas veniales y temporales, por esto “todo mártir entra inmediatamente en el cielo sin pasar por el purgatorio.”⁶⁸ También incrementaba notablemente la gracia y la gloria. Santo Tomás lo consideraba un gozo, “un premio privilegiado, correspondiente a una victoria privilegiada.”⁶⁹ La transfiguración afectaba no sólo al cuerpo sino también rasgos de su expresión emocional, como le ocurrió al morir el padre Pedro Martínez,

los barbaros mismos, como se supo por los Indios del Fuerte vecinos dellos, y de la misma lengua, y nación, testificaron, que su rostro fixos los ojos en el cielo, después de muerto, quedo tan alegre, y tan apacible, que les puso, temor, y espanto, por ser tan contra lo natura en vn hombre, que moria con tanta violencia, y contan atrozes tormentos. Indicio de su glorioso triunfo, y de qye fiava oír nedui de tab acerba muerte de aquella alegría, que dize la Escritura ha de bañar, el dia de la resurrección de los cuerpos, los rostros de los Justos, que

61 *Loc. cit.*

62 Medina, *op. cit.*, p. 64.

63 *Gén.* 9, 4-5.

64 *Diccionario enciclopédico universal ilustrado europeo-americano*. t. LIII, Madrid, Espasa Calpe, 1975, p. 1346.

65 Grijalva, *op. cit.*, p. 142.

66 Melchiorre di S. Maria y A. Cappelletti “Mártir”, en Ancilli, *op. cit.*, p.559.

67 Francesco Roberti, *Diccionario de teología moral*, Barcelona, Editorial Liturgia Española, 1960, p. 756.

68 *Loc. cit.*

69 *Loc. cit.*



Fernando Guevara, "El arrancado", de la serie *Mal de amores*, 2004.

han padecido por la Fee en esta vida, derivada en ellos del jubilo, y gozo inarrable, que gozan ia para siempre sus almas.⁷⁰

Es explicable que los mártires fueran distinguidos de alguna manera a la hora de morir, pues "el santo por antonomasia era, en los primeros siglos cristianos, el mártir, que había expresado su amor a través del extremo testimonio de la sangre."⁷¹ El cristiano que moría en el martirio se consideraba que alcanzaba la perfección de la vida cristiana, era una manifestación sublime del amor para con Él y la fidelidad hacia su persona,⁷² ya que por el martirio" se imita

perfectamente a Cristo y se alcanza "la unión con Cristo que luego queda sellada para siempre en el cielo con la muerte"⁷³ y después de ésta con la felicidad eterna.⁷⁴ Los cronistas daban fe de tal hecho con la transfiguración del cuerpo martirizado.

La transfiguración también se percibía como un premio a la virginidad sostenida por los frailes a lo largo de sus vidas, como lo hizo el V. P. Fr. Genonimo de Abrego y Hortigosa, quien tenía

el rostro, manos, y pies, y todo el cuerpo de color morado, denegrado, por su edad, achaques, y penitencia. Luego q´ espiro, passó el color palido á dar señas piadosas de su descanso, mudándose en blanco, y roxo, como vna rosa, tratables, y blandas las

70 Florencia, *op. cit.*, p.14.

71 Ancilli, "Santidad cristiana" en *op. cit.*, t. III, p. 349.

72 Cfr. M. di S. Maria y A Cappelletti," *op. cit.*, t. II, pp. 555-556.

73 Cfr. *Ibid.*, p. 556.

74 *Ibid.*, pp. 556-557.

carnes, que parecian de vn niño. [...] al ponerle en la sepultura, estaba facil à qualquiera movimiento, doblándose sin dificultad por todas partes, con no pequeño espanto, y veneración de todos, reconociendo, que aquel nuevo aspecto, hermosura, y delicadeza de carnes, era indice que apuntaba el premio de la Virginal pureza, q' cõservó toda su vida.⁷⁵

Hay una identificación entre la castidad perfecta y la virginidad, “tomada en el sentido pleno y sagrado de virtud moral, que incluye el propósito de abstenerse perpetuamente del deleite sexual por amor de Dios.”⁷⁶ La virginidad estaba relacionada con la “castidad perfecta. Que era requerida por el celibato eclesiástico”.⁷⁷

Por la misma causa, el padre Fr. Gabriel de los Ángeles recibió el premio de la transfiguración, pues cuando murió el veinte de octubre de mil setecientos y veinte y dos,

“quedó su cuerpo hermoso, la cara como de vn Angel, las carnes delicadas, y blandas, faciles a todo movimiento, como si estuviera vivo; mostrando Dios en esta maravilla; que aquel cadáver avia sido templo del Espiritu Santo de toda castidad, y pureza.”⁷⁸

La transfiguración también era una recompensa para aquellos que habían vivido en un estado de inocencia permanente, que está relacionada con la inocencia original, ya que en teología es el “estado en que fueron creados nuestros primeros padres y en que vivieron antes de su pecado”⁷⁹ y en el que el hombre gozaba el “don sobrenatural de la gracia santificante.”⁸⁰ Tal fue el caso de Fray Manuel de Jesús quien al morir:

quedò blãco, tratable, hermoso, delicado, como si fuera de vn niño. El color del rostro roxo, y encendido, tendiéndolo antes palido, y moreteado, por su mucha vejez y trabajos. Las manos antes torcidas, llenas de callos, por el cõtino exercicio, y ocupación, en que las empleaba, quedaron blandas,

suaves, y agradables a la vista. Finalmente todas sus carnes daban señas de la hermosura de su alma, con semblante, y parecer de vn infante, de poca edad, porque como Christo dize, que para entrar en el Cielo se ha de abreviar el hombre á la inocencia, y pequeñezes de vn niño, para confirmar, que Fr. Manuel ajustò à este tamaño todos los dias de su vida, en el vltimo transformó sus carnes en delicadezas pueriles, mostrando avia conseguido por estos passos, la felicidad, y entrada prometida, en el Reyno de los Cielos, á la inocencia.⁸¹

A la inocencia se le llama también “justicia original” y según Santo Tomás “es un don gratuito, concedido a la naturaleza humana por la liberalidad de Dios”⁸² y afirmaba que “el elemento material de esta justicia es el don de la integridad, que implica sujeción de las pasiones y especialmente de la concupiscencia;”⁸³ en tanto que su elemento formal “es la gracia santificante, que implica la sujeción del alma a Dios [mientras que] la causa y raíz de toda sujeción es la gracia.”⁸⁴ Por todo esto se comprende la causa de por qué los frailes que vivían en estado de inocencia alcanzaban un lugar en el cielo, que proyectaban a los humanos a través de la transfiguración.

La flexibilidad, la blandura, la suavidad que adquirían los cuerpos de algunos religiosos eran también consecuencia de la transfiguración, desde luego contradiciendo muy claramente los cauces naturales de la relación alma/cuerpo, en tanto que como afirma Aristóteles: respecto a que “lo que tiene alma se distingue de lo que no la tiene por el hecho de vivir”⁸⁵ y en los religiosos transfigurados, el cuerpo separado del alma, presenta una serie de características que lo identifican como un ser vivo, aunque en realidad es sólo apariencia, porque en realidad el cuerpo está muerto, aunque parezca que tiene vida. Y como parte de las transformaciones que sufren los cuerpos de los santos religiosos se incluye también la flexibilidad de los miembros, no sólo la hermosura de que son dotados, como una proyección del nuevo estado beatífico en que se encuentra el alma.

75 Medina, *op. cit.*, p. 64.

76 A. Marchetti, “Castidad”, en Ancilli, *op. cit.*, t.I, p. 350..

77 *Loc. cit.*

78 Medina, *op. cit.*, p. 75.

79 *Enciclopedia universal [...] op. cit.*, vol. XXVIII, p. 1649.

80 *Diccionario enciclopédico de la fe católica*, México, Editorial Jus, 1952, p. 305.

81 *Ibid.*, p. 139.

82 F. Roberti, *op. cit.*, p. 651.

83 *Loc. cit.*

84 *Loc. cit.*

85 Aristóteles, *op. cit.*, II, 2, p. 842.

Al respecto, llamó mucho la atención el cadáver del padre Fray Cristóbal de los Mártires, quien murió hincado.

dispusieron debida, y modestamente el cuerpo en unas andas. hallándole fácil a los movimientos después del largo tiempo de su tránsito. Llegando con él a la Villa alta, al reconocer la Villa, por el doble de las campanas su venida, salió toda, en concurso de la Justicia. Españoles, y Nutres, asombrados todos. tocando, y atendiendo aquel cuerpo sin honores de difunto; blandas las carnes, hermoso el rostro flexibles los miembros, sin corrupción algun, después de tres dias de su muerte, en tierras calisísimas. por el meridiano, region siempre ardiente de aquel clima; por donde passo, siete leguas de distancia desde el Pueblo de Santa Catharina, donde murió, a esta Villa, y lugar, de su sepulcro, sin que los movimientos del ataúd, bochornos, ni calores bastasen a introducir la corrupción de su carne.[.]⁸⁶

Relacionado con el mismo tema de la revitalización de los miembros, lo sucedido al mismo Fray Manuel de Jesús, arriba citado, fue un acontecimiento notable, pues dobló sus rodillas para que pudiera caber en el estrecho sepulcro en el que no hallaban como introducirlo sus enterradores.⁸⁷

La transfiguración podía también eliminar los signos de la vejez, como le sucedió al Padre Fray Jerónimo de Valdés al día siguiente de su tránsito:

le dieron sepultura, con no pequeño concurso de Ciudadanos y Pueblo, que sin combite alguno, traídos de su devoción veneraron el cuerpo, passando los respetos a espátos al ver su hermosura, tratable, y flexible la carne, y los pies blandos, sin ruga, ni callos, teniéndolos en vida, con muchas grietas causadas de la vejez, y continuos caminos, que anduvo descalzo. De este asombro nacia nueva reverencia, y así llegaban todos a besarle los pies, cortándole las uñas y pedazos de los dedos.⁸⁸

Parecería como si estos seres trasfigurados continuaran proyectando en su cuerpo, una vez muerto,

el resultado de lo que fueron sus heroicas vidas virtuosas, pues como dice Molinari,

en la vida de aquellos que, si bien participan de nuestra naturaleza humana, se encuentran más aún perfectamente transformados en la imagen de Cristo manifiesta Dios con gran vitalidad a los hombres su presencia y su rostro. En ellas nos habla él mismo y nos muestra la contraseña de su reino, hacia el cual nos sentimos poderosamente atraídos por tener en torno a nosotros semejante multitud de testigos y semejante afirmación de la verdad del Evangelio.⁸⁹

Ahora bien se puede formular una pregunta: ¿Con qué fin incluían los cronistas el fenómeno de la transfiguración en las “vidas” de los religiosos relevantes de sus órdenes? Se puede responder que con una finalidad didáctica, la de mostrar que si se lleva una vida virtuosa al extremo se podía dar el milagro de la transfiguración y de la incorruptibilidad, que no es sino una confirmación de que han trascendido con beatitud hacia la gloria, quedando la transfiguración como una huella, una constancia de ello, tal cual lo corroboran las diferentes casos de transfiguración narradas por los cronistas religiosos de Nueva España.

En suma, se puede decir que los cronistas religiosos del siglo XVII incluyeron en sus “vidas” la transfiguración como un elemento de su repertorio cultural y por lo tanto comprendido y aceptado en la época como un “prodigio”, como una “maravilla.”

Tales prodigios fueron relatados dentro de un patrón caracterizado por el momento en que se producía, esto es, en el instante de la muerte y el estado *post mortem*.

La transformación podía ser parcial o total, fuera sólo el rostro, o de todo el cuerpo. Por lo regular incluía cambios dirigidos hacia una belleza idealizada que podía mejorar al cuerpo original y en ocasiones superarlo en mucho, borrando las huellas que las enfermedades crónicas, la vejez y la ascesis imponían al cuerpo de los religiosos. Podían agregarse otras características propias del cuerpo vivo, como la flexibilidad de los miembros, la blandura, la suavidad, la

86 *Ibid.*, pp. 90-91.

87 Medina. *op. cit.*, p. 91.

88 *Ibid.*, p. 147.

89 P. Molinari, *op. cit.*, p. 1253.

liquidez de la sangre, y en suma, la hermosura beatífica que caracterizaba a los transfigurados además de que las transformaciones podían ir acompañadas de un elemento externo, como eran las fragancias, las cuales enfatizaban aún más lo extraordinario del fenómeno. ponderando, por una parte, el premio recibido por la constancia del religioso en seguir en la tierra una vida virtuosa y, por otra, el reflejo del estado divino que gozaba después de la muerte.

Resulta claro que el fenómeno de la transfiguración estaba inmerso dentro del efecto de sentido que producía permanentemente el sistema religioso de la época para mantener viva la devoción de los fieles y, por ello, el relato de las transfiguraciones era totalmente validante, difusor, trasmisor y muy ejemplar de las creencias religiosas de la época y de la conducta que un cristiano debía seguir para obtener el anhelado premio divino en la otra vida.

El fenómeno de la transfiguración, como parte de la "vida" de los religiosos, ocupaba un espacio temporal muy breve, pero su efecto en la comunidad cristiana era muy amplio, en especial por el carácter prodigioso que lo caracterizaba.

Bibliografía consultada

- Ancilli, E. *Diccionario de la espiritualidad*, Editorial Herder, Barcelona, 1987.
- Aristóteles "Del alma" en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, pp 823-872.
- Bouyer, L. *Diccionario de teología*, Editorial Herder, Barcelona, 1990.
- Burgoa, Francisco de, *Palestra historial de virtudes y ejemplares apostólicos fundada del celo de insignes héroes de la sagrada orden de predicadores en este nuevo mundo de la América en las Indias Occidentales*. 3a. ed., Editorial Porrúa, México, 1989 (c. 1670) Biblioteca Porrúa, 94).
- Cuevas, Mariano. *Historia de la Iglesia en México. T. III. 1600-1699. Frutos de la Iglesia en el siglo XVII*. 6a. Ed. Preparada por José Gutiérrez Casillas. Editorial Porrúa, México, 1992. (Biblioteca Porrúa, 106).

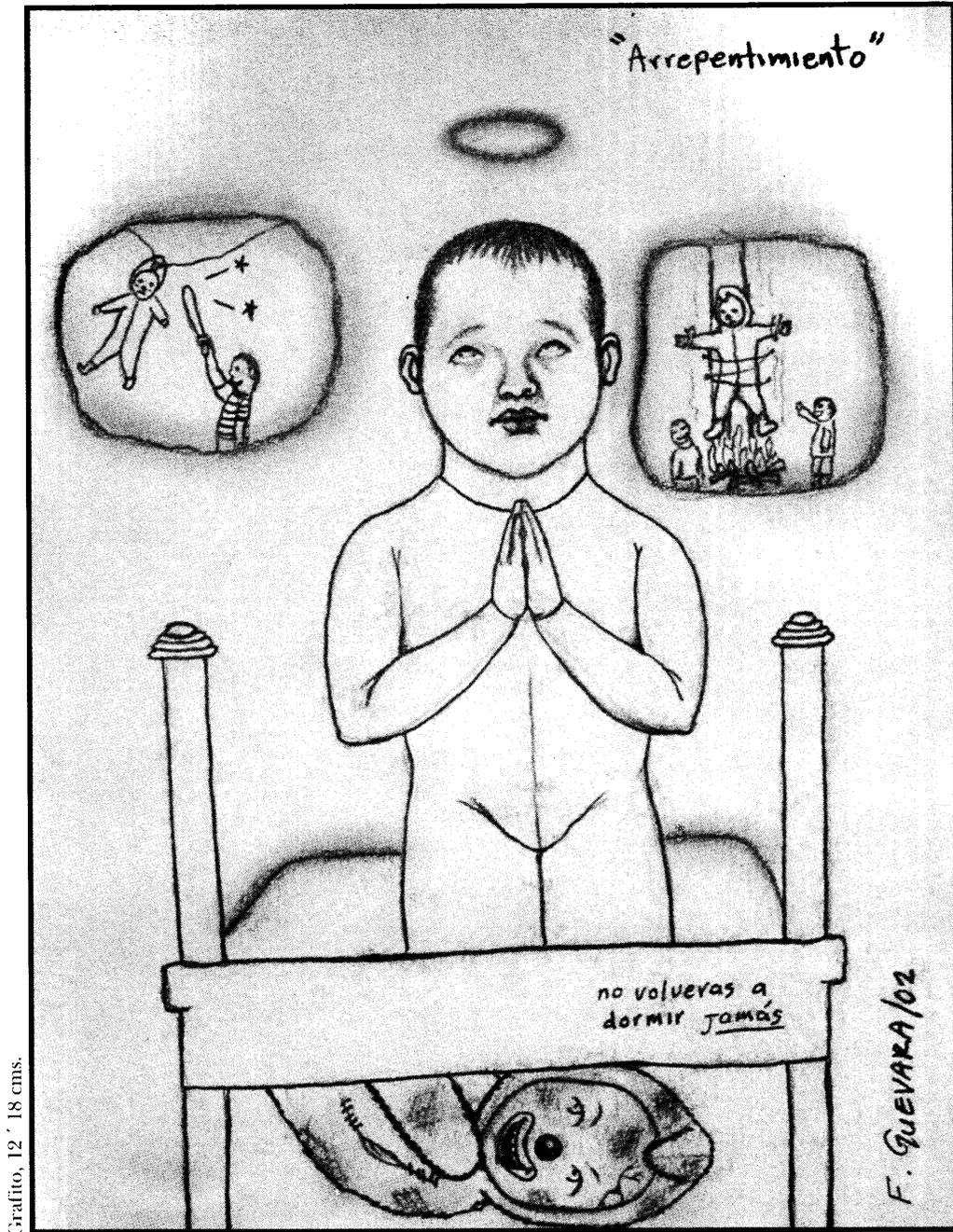
- Cvitanovic, Dinko, et al. *La idea del cuerpo en las letras españolas (siglos XIII a XVII)*.
Universidad del Sur, Instituto de Humanidades, Bahía Blanca, Argentina, 1973. (Cuadernos del Sur).
- Enciclopedia de la religión católica*. Dalmau y Jover, Barcelona, 1951, p. 1161.
- Enciclopedia Vniversal Ilustrada Europea-Americana*. Espasa Calpe, Madrid, 1975 (1925) t. XXVIII (primera parte), p. 1203.
- Fernández, Alonso, *Historia eclesiástica*, Bibliófilos Mexicanos, México, 1964 © 1611).
- Florencia, Francisco de. *Historia de la provincia de la Compañía de Jesus de Nueva España*. 2 a. ed. Prólogo de Francisco González de Cossio. Editorial Academia Litararia, México, 1955. (c.1694).
- Grijalva, Juan de. *Crónica de la orden de N.P.S. Agustín en las provincias de la Nueva España. En cuatro edades desde el año de 1533 hasta el de 1592*. Editorial Porrúa, México, 1985 (c1624) (Biblioteca Porrúa, 85)
- Israel, Jonathan I. *Razas, clases sociales y vida política en el México Colonial. 1610-1670*, FCE, México, 1980.
- Lincoln, Bruce. "Human Body: Myths and Symbolism" in Mircea Eliade. *The Encyclopedia of Religion*. MacMillan Libray Reference, New York, 1995, vol. 5.
- Magli, Patricia. "El rostro y el alma" en *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, Altea, Taurus, Alfaguara, Madrid, 1991.
- Medina, Baltasar de. *Crónica de la Santa provincia de San Diego de México*. 2a. ed., introd. de Fernando B. Sandoval. Bibliografía de Jorge Denegre-Vaught. Editorial Academia Literaria, México, 1977 (1682).
- Molinari, P. "Santo" en *Nuevo diccionario de espiritualidad*. 2a. ed. Dirigido por Stefano de Flores y Tullio Goffi. Adaptación de la edición española Augusto Guerra, Ediciones Paulinas, Madrid, 1983. pp. 1253-1256
- Roberti, Francesco. *Diccionario de teología moral*. Secretario de Redacción Pietro Palazzini. Editorial Liturgia Española, Barcelona, 1960.

Sagrada Biblia. Versión directa de las lenguas originales por Eloíno Nacar Fuster y Alberto Colunga Cueto. 40. ed. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1980.

Tello, Antonio. *Libro segundo de la crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Xalisco en el nuevo*

reino de la Galicia y Nueva Vizcaya. Y descubrimiento del Nuevo México. Imprenta de "La República Literaria de Ciro I. De Guevara, Guadalajara, 1891 (© 1633).

Torales Pacheco, Cristina. "1600-1700. La definición de una cultura" en *México y su historia*, t. 3, *uteha*, México, 1984.



Fernando Guevara, "Arrepentimiento", 2002.



Óleo sobre tela, 100 x 80 cms.

Fernando Guevara, "Niño héroe", 2004.